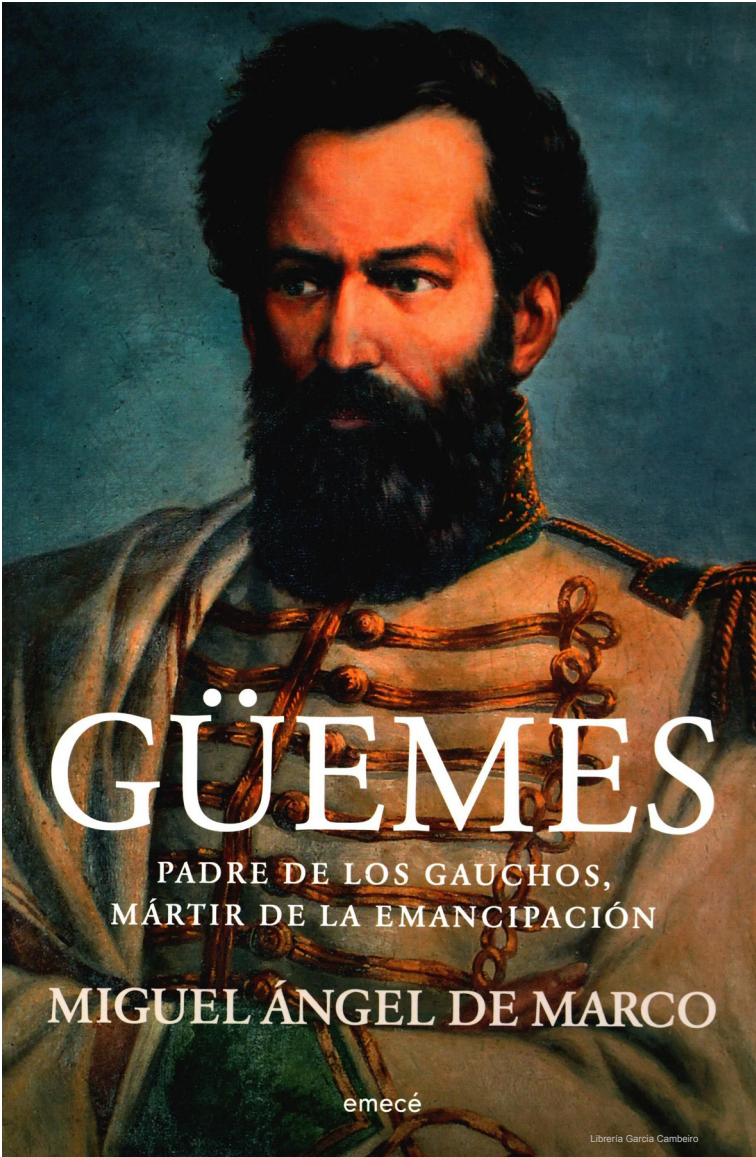




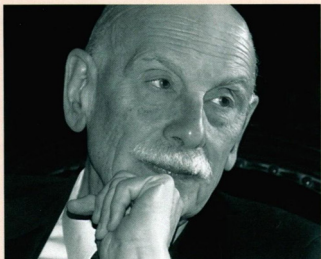
GÜEMES

PADRE DE LOS GAUCHOS,
MÁRTIR DE LA EMANCIPACIÓN

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

emecé

Librería García Cambeiro



MIGUEL ÁNGEL DE MARCO, nacido en Rosario el 1 de diciembre de 1939, es autor de numerosos libros y trabajos sobre historia política, militar y naval argentina del siglo XIX.

Doctor en Historia, miembro de número y presidente de la Academia Nacional de la Historia y miembro de número de la Academia Sanmartiniana, es también correspondiente de la Real Academia de la Historia de España, de la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz, de la Academia Portuguesa da Historia y de distintos institutos y academias nacionales de Iberoamérica.

Profesor emérito de la Universidad del Salvador en el Doctorado en Historia, fue catedrático de Historia Argentina y director del Departamento de Historia en la Universidad Católica Argentina. Se desempeña como profesor invitado en casas de estudios del país y del extranjero.

Publicó en los sellos de Planeta y Emecé *La Guerra del Paraguay*, *Bartolomé Mitre*, *La patria, los hombres y el coraje*; *Corsarios argentinos. Héroes del mar en la Independencia y la guerra del Brasil*; *Soldados y poetas. Historias que hicieron la historia argentina*, *La guerra de la frontera. Luchas entre indios y blancos. 1536-1917*; *Belgrano. Artífice de la Nación, soldado de la libertad*, y *San Martín. General victorioso, padre de naciones*.

Prólogo

La figura de Martín Miguel de Güemes despertó mi interés desde la adolescencia, cuando tuve oportunidad de leer y analizar por primera vez, durante una enseñanza media en que Literatura argentina era materia importante, el clásico de Leopoldo Lugones *La Guerra Gaucha*. Las hazañas de aquellos hombres sufridos, que enfrentaban a ejércitos bien armados con el solo auxilio de sus lanzas y bolas, estimulaban mi imaginación y mi entusiasmo. De ahí que la reciente sugerencia de Emecé de que escribiera una biografía del caudillo salteño después de publicar bajo ese sello editorial las vidas de Manuel Belgrano y José de San Martín, me pareciera una ineludible oportunidad para trazar los rasgos principales de una existencia que, más allá de sus humanos yerros, tuvo como único norte la libertad.

Pocos fueron en nuestra historia los casos en que seres tan diferentes por su carácter, formación y hábitos conjugaron con tanta coherencia y decisión sus esfuerzos en pos de una causa, superior como la de la independencia sudamericana. Belgrano fue un hombre de ideas, acostumbrado a la reflexión y al estudio riguroso de libros que reflejaban la riqueza y variedad del pensamiento del Siglo de las Luces, pero se convirtió en militar por las circunstancias. San Martín constituyó un cabal modelo de soldado hecho a la rigidez de la disciplina, la lectura de los clásicos de la guerra y las grandes campañas europeas de fines del XVIII y principios del XIX. Güemes, vástago de familia pudiente y noble, poseyó, a falta de experiencias de esa índole, valor, intuición y dotes innatas de conductor para una brega de características tan peculiares como la de la Guerra Gaucha. Los tres supieron complementarse para contener y vencer a los mejores soldados de la monarquía hispana.

Belgrano, sin gozar de la visión estratégica de los grandes capitanes, suplió esa carencia, común en la mayoría de los hombres de la Revolución llamados a empuñar las armas, con una energía que

superó sus dolencias físicas y con un coraje viril e inextinguible. Su valor era, dice el general José María Paz, «como el de aquellos senadores romanos que perecían impávidos sentados en sus sillas curules [...] En las retiradas que fueron la consecuencia de esos contrastes, desplegó siempre una energía y un espíritu de orden admirable; de modo que, a pesar de nuestros reveses, no se relajó la disciplina ni se cometieron desórdenes».

Esa determinación de mantener a todo trance tal sistema provocó un distanciamiento inicial con su subordinado Güemes, a quien alejó del Ejército del Alto Perú y envió en forma perentoria a Buenos Aires donde éste buscó lavar su buen nombre e incorporarse a las filas de San Martín. Ambos cancelaron más tarde sus agravios en aras de objetivos más premiosos, como contener las invasiones de Pezuela y La Serna. La correspondencia que intercambiaron hasta la muerte del primero, en que campearon la amistad y aun el afecto además de las consideraciones políticas y militares, así lo demuestran.

San Martín, que percibió las falencias y debilidades del Ejército del Alto Perú al asumir en 1814 el mando que hasta entonces ejercía Belgrano, pareció intuir el papel que iba a corresponderle a Güemes en la defensa de los lindes norteños cuando pusiera en práctica su ambicioso plan emancipador. Lo designó jefe de avanzadas con la consigna de hostigar a los realistas, y el correcto cumplimiento de sus órdenes hizo que éstos se encerrasen en la ocupada ciudad de Salta y no se animaran a salir de los límites urbanos. La concurrencia de las provisiones de San Martín y de los esfuerzos de Güemes y otros jefes patriotas obligó a Pezuela a renunciar a su propósito de invadir Tucumán y lo indujeron a retirarse hacia el Alto Perú.

El futuro Libertador, al saber que se había agudizado el conflicto entre el jefe del ejército patriota, general José Rondeau, y Güemes, gobernante de Salta tras la acción de Sipe Sipe, en momentos en que se hallaba próximo a emprender el cruce de los Andes, le reclamó al director supremo Juan Martín de Pueyrredon que adoptara urgentes medidas para remediar el litigio, pues su prolongación ponía en peligro el éxito mismo de su empresa. Así ocurrió y San Martín celebró en su espíritu, según le expresó a Tomás Godoy Cruz, como «más de mil victorias [...] la mil veces feliz unión de Güemes con Rondeau!». Ya asentado en Chile, consideró importante conocer los movimientos del jefe gaucho e informarle a la vez de sus avances. Finalmente, cuando

se hallaba a punto de concretar la expedición anfibia al Perú y se le mandó volver con su ejército para sostener al Directorio enfrentado con los caudillos del Litoral, el Libertador, al desobedecer esa orden temeraria con el respaldo de todos sus comandantes, nombró a Güemes general en jefe del Ejército de Observación, previniéndole que invadiese las provincias altoperuanas cuando las fuerzas libertadoras avanzaran sobre Lima. Pero el desarticulado y mendicante Ejército del Norte no podía cooperar en operación alguna y el proyecto quedó frustrado.

Belgrano, San Martín, Güemes y también Pueyrredon, tal vez menos conocido por los argentinos y sin embargo figura fundamental por sus ideas y acciones en la memorable etapa de la emancipación, no vacilaron en adoptar enérgicas medidas con el objeto de obtener los recursos que necesitaban. Fueron conscientes de las resistencias y los recelos que iban a despertar y de las defecciones que inexorablemente habrían de obstaculizar su camino. Sin embargo hallaron, frente a las reticencias y egoísmos de muchos, la comprensión y el apoyo de los que querían ser libres. El sacrificio de los jujeños durante el éxodo previo a la victoria de Tucumán; la entrega de bienes, recursos y brazos a lo largo de la formación del Ejército de los Andes; el apoyo de estancieros y gauchos salteños convertidos en jefes y soldados, superaron las aprensiones y hasta la traición de quienes no vacilaron en acercarse al enemigo.

Güemes merece, desde mi punto de vista, ser ubicado junto a los otros tres personajes fundamentales en el esfuerzo bélico de la independencia.

Como todo hombre, «el Padre de los Gauchos» cometió errores, gobernó con dureza a salteños y jujeños, y no vaciló en ordenar exacciones en pos de obtener recursos para la lucha a la que él y su gente dedicaban sus mayores esfuerzos. Debía sostener a aquellos seres desarrapados y hambrientos por haber abandonado sus modestos medios de subsistencia, quienes sin embargo estaban dispuestos a cualquier sufrimiento para derrotar al enemigo y veían en Güemes a un jefe invicto y a un árbitro sin apelaciones. En su colosal esfuerzo, no podía sino tocar intereses económicos y de círculo que jugaron en su contra facilitando las invasiones realistas y empujándolo a la muerte.

La figura de Güemes, al igual que las de sus camaradas en los puestos más altos de la gloria, estuvo impregnada de luces y sombras,

grandezas y miserias, enfermedades y frustraciones, y así merece ser contemplada y honrada.

Cabe decir, sin embargo, que junto a esfuerzos biográficos meritorios, y al lado de trabajos muy serios acerca de su tiempo y su contexto, se alza una temible hagiografía que observa con belicosa aversión cuanto no exprese con adjetivos grandilocuentes las hazañas del caudillo. Frente a ella, este libro procurará entregar al lector interesado por los temas históricos una vida de Güemes basada en el propósito de ecuanimidad.

Mi gratitud a los editores del Grupo Editorial Planeta, al que pertenece Emecé, Ignacio Iraola y Alberto Díaz, que me estimularon a escribir esta biografía; a la Biblioteca y el Archivo de la Academia Nacional de la Historia, la más importante en su género en el país; a la Biblioteca Central de la Universidad Católica Argentina «Santa María de los Buenos Aires», que contiene el Fondo De Marco donde se reúnen casi todos mis libros y los de mi hijo Miguel Ángel, historiador; al Museo Mitre; al Archivo General de la Nación y a los repositorios que consulté a lo largo de mi vida para mis trabajos sobre la guerra de la Independencia; a mi colega de la Academia Nacional de la Historia y antiguo amigo, el doctor César A. García Belsunce, quien leyó buena parte de los originales y me brindó su calificada opinión; a los integrantes del Grupo de Historia Militar de la Academia Nacional de la Historia general doctor Enrique Rodolfo Dick, compañero inseparable en las empresas que he emprendido en los últimos años, doctor Guillermo Palombo, siempre dispuesto a leer y sugerir y Julio M. Luqui Lagleyze, profundo conocedor de los personajes y la iconografía de este período de nuestra historia; a María Alejandra Teresa Labrune, quien no hace mucho reavivó mi interés por escribir sobre el héroe gaucho; a mi amigo, casi hermano, el doctor Roberto Loutayf Ranea, salteño, con el que hablábamos de la gesta de Güemes en los ya lejanos días de nuestros estudios en la Universidad Complutense de Madrid, y al distinguido genealogista, historiador y ex director de la Biblioteca Provincial Atilio Cornejo de la ciudad de Salta, don Rodolfo Leandro Plaza Navamuel, solícito consejero y excelente amigo.

Y por cierto a María Fernanda. Su cotidiano apoyo, su amoroso cuidado y su constante alegría reforzaron mi optimismo y aliviaron los momentos de fatiga.

A penas se conoció en Salta la noticia de la Revolución de Mayo, el teniente Martín Miguel de Güemes ofreció su espada a la nueva causa. No exageró al definirse tiempo después como “el primero que vino el año 1810 en defensa de la sagrada causa de la patria”. Combatió a los realistas al frente de sus gauchos mientras llegaban las tropas de la Expedición Auxiliadora al Alto Perú. Peleó con valor en la batalla de Suipacha y acompañó a Juan Martín de Pueyrredón en una fantástica marcha por sitios inaccesibles para conducir los tesoros recogidos en la ceca de Potosí. San Martín reconoció su temple y lo llevó consigo cuando se hizo cargo en Tucumán de las tropas que le dejó Manuel Belgrano. Comprendió enseguida que Güemes sería su gran colaborador cuando emprendiera la campaña libertadora en Chile y Perú. Mientras él formaba el Ejército de los Andes, el salteño libraba su sorprendente Guerra Gaucha. Las fuerzas de Fernando VII chocaron una y otra vez en sus invasiones con aquellos hombres corajudos e incansables que veían en el joven general a un padre, y otras tantas volvieron a sus cuarteles vencidas y desmoralizadas.

En la incansable lucha por sus ideales, Güemes, gobernador de su provincia, y más tarde, también, general en jefe del Ejército de Observación del Perú nombrado por San Martín, lo dio todo, hasta su existencia, al caer atravesado por las balas enemigas en una emboscada.

En esta nueva biografía, *Miguel Ángel De Marco* pone de manifiesto sus condiciones de reconocido historiador al mostrar la humanizada imagen de uno de los argentinos que más hicieron por la independencia de su patria.